



Semana Santa

2007

# CARMELO BREZMES HERMANO DE LA ESCALERA

**H**abíamos hablado por el móvil recientemente. Apenas cuatro días antes.

Tú, en Pamplona, y tu madre, la entrañable abuela Elvira, burlaba la vigilancia de su domicilio, y con casi cien años a cuestas, se dirigía hacia nuestra puerta, para saber de ti.

No valían excusas. En su cara la preocupación se delataba, e insistentemente preguntaba, y no admitía más engaños.

Nos obligó a colocarla en comunicación directa a través del teléfono:

El hábito de la Virgen del Carmen pegado a su cuerpo y a su corazón, y con temblores de voz te preguntaba:

-¿Pero, estás bien, hijo? ¿Y cuándo vienes?

Llegaste pronto, Carmelo, compadre, llegaste pronto, maldita sea, para marcharte y dejarnos en silencio.

En aquella Semana Santa del 2006, deseabas más que ninguna otra cosa escuchar los sonidos, en la tarde de luces y de sombras.

Escucharles uno a uno, como quien amorosamente coloca en el fragor de la tierra loca, entre el chillido de los que espantan, el paso de los cofrades, en este paisaje romo y devoto, solemne y verdadero.

El oído y la horquilla. El tintineo del farol y la madera del paso que se clava en el hombro.

El suave roce de las túnicas, con un blanco infinito, como uniforme de combate almidonado.

Un blanco al final herido, sudado, ensangrentado, tal vez, por ese largo tablero de madera trabajada.

Deseabas, ansiosamente, escuchar ese suave susurro que crece a la sombra de los bosques de las cruces y las dolorosas, ese largo suspiro que se percibe cada tarde del Viernes Santo, tras los cristos labrados con esa dignidad de la muerte.

El sonido de «La Lágrima». Esa marcha lúgubre que nos hace recordar, siempre, el espectáculo único, impresionante, al salir entre dos luces de El Longinos y La Escalera

Pedías acercarte a la capilla para abrazar a todos tus hermanos de cofradía.



CARMELO BREZMES. MAYORDOMO DEL DESCENDIMIENTO.

En un esfuerzo sobrehumano te incorporaste para llegar, pero todo fue inútil e imposible.

Ansiabas estar cerca para rezar junto al Longinos, y abrazar a tu hijo Carlos.

Querías aspirar el olor a resina y a pueblo, y llenarte la piel, con el susurro de la plegaria de La Escalera como cada año, como cada Viernes Santo, viendo a los hermanos silentes en oración y súplica.

Llegar hasta allí, y sentir la emoción y tocarla..., en el corro, en ese rectángulo mágico, donde la procesión semanastera, se vive en cada corazón y en cada pulso, mientras la torre de Santa María se hace antorcha y vigía, baluarte y centro de gravedad de la vida de toda una Ciudad.

Te fallaron las fuerzas para estar al pie mismo del «paso», de tu Escalera, y ascender hasta los sentimientos de tus hijos, que ya todos tenías, para guardarlos en tu corazón maltrecho.



Acariciar suavemente «el barrón», en despedida, y escuchar los muchos sonidos, mientras la noche sin estrellas, pretendía encapotar tu alma.

Pequeño favor, que habías solicitado a la ciencia, y cada día en la oración de amanecida.

No pudo ser.

La Semana Santa del 2006, la lloras-te viviéndola en tu casa.

Pocos días después, cabalgabas a horcajadas de las nubes, a ese valle que a todos nos aguarda, y dos hileras de cofrades, hermanos tuyos, con farol y con medalla, te acompañaban en esa despedida.

La Escalera llenaba de peldaños los espacios y en ayuda te aupaba hacia la Gloria.

Que difícil lo has puesto, Carmelo, compadre..., que difícil.

Tu mujer, desde aquel día, a la tarde, en el ocaso de la luz, sujeta un rosario, y en cada misterio que reza, la misma pregunta:

-¿Y por qué? ¿Y por qué?

Y llora aprendiendo en cada oración. Y sin dejar de ser madre y abuela, su corazón se aferra, con fuerza, a seguir siendo esposa y mujer.

Que difícil lo has puesto..., que difícil.

En estos días de hachones y de cirios, tu casa huele a oración y a cofrade.

Vientos y nubes se intuyen en las amplias lejanías, y corazones que laten sin ruidos perceptibles.

Se siente el «tapetán» y «La lágrima», los gremios y el corro, los pasos grandes y pequeños. Todos inmensos, a veces en su propia sencillez, vestidos por el asombro y por la pena.



«DESCENDIMIENTO». AÑOS CINCUENTA.

Hoy quiero enviar un mensaje a Jesús, tu hijo, para que haga participe de él a todos sus hermanos, mis sobrinos.

Allá donde estéis, en vuestra gestión o autoridad, acordaos que al pie mismo de Los Montes de Torozos, en los Campos de Tierra de las planicies planiegas, hay una Ciudad, Medina de Rioseco, que a la hora de la recogida del sol, cuando la noche aparta a las sombras, durante los días de Jueves y Viernes Santo, el pueblo llano, el pueblo auténtico, procesiona por calles porticadas y plazas abiertas a la luz, imágenes talladas a golpe de gubia, de sobriedad, y de devoción.

Y desde La Desnudez de La Escalera, allí, en la soledad de vuestras soledades. En el sentimiento de vuestros sentires. En el rezo de vuestra oración. Y en la súplica de vuestras plegarias, como un centinela protector, siempre..., recordadlo bien..., siempre..., estará vuestro padre velando.

Se han confundido los blancos, y reluce, con el brillo celeste, una procesión que te aguarda.

Allí están tus amigos Anastasio y «El Vila». Luis Gallego y Pedro Cuenca. Guerra y «El peruco». Para que, una vez más, Pepe, «el de la Campa», dirija la cadena de los ausentes. Mientras una trompeta de Dios, El Pardal, lanza un grito increado para recibirte a las puertas del Cielo.

Hasta siempre, compadre, hasta siempre.

JESÚS MARÍA REGLERO



«DESCENDIMIENTO». VIERNES SANTO. CORRO DE SANTA MARÍA.

Fotografías de la familia y tomadas de la página web de la Hermandad